



UNIVERSIDAD Y CRISIS

Carmen Balart Carmona

La Facultad de Historia, Geografía y Letras, de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, abre un nuevo espacio de encuentro, de diálogo entre especialistas, de examen crítico acerca de la relación universidad-sociedad, de conocimiento de metodologías interactivas, de integración entre disciplinas, de valoración de estrategias tecnológicas, con el **Segundo Congreso de Humanidades**, centrado en un tema de relevante actualidad: "*La Universidad frente a la crisis del hombre contemporáneo*".

Dentro del marco general que configura el **Congreso**, la Facultad se compromete, de un modo muy especial, con el análisis y reflexión del rol que le corresponde asumir a la universidad ante la situación de crisis socio-cultural que, en mayor o menor medida, está afectando al mundo actual. Crisis que se aprecia en la globalización del mundo, en la masificación de los medios de comunicación, en la organización del trabajo, en la expansión del conocimiento, en el avance desmesurado de la tecnología, en la difusión de los medios de producción, en el incremento de nuevas líneas de trabajo; todo lo cual ha significado la incorporación de diferentes coordenadas valóricas que gravan al tercer milenio, ya próximo a hacerse realidad histórica, y que impulsan al hombre, a la mujer, a buscar respuestas innovadoras, que favorezcan crear espacios más humanos, que otorguen una calidad de vida ontológicamente humanista al tiempo del aquí-ahora.

Desde la perspectiva etimológica del griego, el vocablo *crisis* conlleva una doble acepción: *conflicto* y *juicio*. La primera noción –*conflicto*– alude al momento decisivo, de difícil salida y de consecuencias importantes. Implica, por tanto, una situación de cambio que alcanza cierta trascendencia. El segundo concepto –*juicio*– se refiere a la decisión que se adopta después de haber examinado cuidadosamente algo. Todos estamos conscientes del conflicto, del disentimiento; siempre falta la discusión con calma, la deliberación compartida, el diálogo a partir de un marco de interpretación común, que traduzca una visión de universidad de presente, pero prospectiva al futuro, con un rol de liderazgo y de proyección social que identifique el proceso educacional formativo-valórico como un quehacer constante y superior. El real desafío del pensamiento es pensar aquello que está más allá de los límites previamente construidos.

Una pregunta nos asalta: ¿el modelo de universidad tradicional, su estructura, su vinculación con el mundo externo, está de acuerdo con las nuevas condiciones de vida? La universidad, que fue la columna vertebral de la modernidad ilustrada y progresista, ha quedado rezagada con respecto a las transformaciones que experimenta la sociedad y debe asumir un modelo de universidad globalizada, que se rige con criterios extraídos de la administración económica: planificar, ejecutar, evaluar, buscando como meta, la calidad, la eficiencia, la pertinencia. Por tanto, las pautas con que se examina el desarrollo y función del quehacer universitario no proceden de su campo académico de acción; éste ha sido invadido por otros ámbitos desde los cuales se lo mide y se lo evalúa, por ejemplo, desde el análisis de sistemas.

El lenguaje que orienta actualmente la discusión sobre la universidad no aborda verdaderamente la crisis cultural en su complejidad de conflicto y juicio, sino que la aborda desde una perspectiva unilateral, intentando resolver el conflicto y, para ello, se adapta, sobre la

marcha, al sistema económico global, perdiendo lo específico de la universidad como referente crítico y columna vertebral de la sociedad moderna. De este modo, abundan las mediciones de todo tipo que unifican las diversas acciones universitarias, por muy distintas que sean, a través de una evaluación cuantitativa que se rige por el principio de utilidad costo-beneficio: ¿cuántas investigaciones?, ¿cuántas publicaciones?, ¿cuántos docentes con grado académico?, ¿cuántas horas de docencia directa?, ¿indirecta?, ¿cronológicas?, ¿pedagógicas?, ¿cuántos alumnos por curso?, ¿cuántas horas dedicadas a reuniones?

Pareciera que la misión fundamental de la universidad, es la de ser, actualmente, una empresa rentable que debe responder a las demandas de la sociedad con la eficiencia económica de sus servicios prestados. Así, se está consciente del conflicto que genera una institución que no ha logrado evolucionar con el mismo ritmo apresurado de las transformaciones económico-sociales.

Se olvida, con ello, que la universidad no sólo es una institución funcional, sino que es parte de la historia, poseedora de una tradición, que requiere, desde su centro de intelectualidad, ajustarse a su propia matriz de tradición y, desde ésta, generar el cambio, pero con un proyecto de futuro, actualizando no sólo la historia del pasado, sino aunando este pasado académico con el presente, y proyectándose a un mañana que busca ser más humano, no meramente instrumental y reactivo al momento que se vive.

Lo anterior hace necesario buscar un nuevo camino, diferente, distinto, único, creativo e innovador que valore la matriz universitaria de la tradición y que permita el cambio y la adaptación desde su propia esencia hacia fuera, al mundo externo, interrelacionando ambos ámbitos, interno y externo, en una integración adecuada a las circunstancias del aquí-ahora, que se fundamenta en el ayer-entonces y, sin anquilosarse en el pasado, se dinamiza, prospectivamente, en la construcción, humana y real, del mañana. *“La misión de la Universidad consiste en fijar principios, direcciones, ideales que permitan organizar la cultura superior en servicio de la sociedad.”* Por consiguiente, *“el ideal propio de la universidad”* será el de *“formar hombres”*, agreguemos, y mujeres. (Ingenieros, José, 1962: *“La universidad del porvenir”*, en *Obras completas*, tomo IV, Buenos Aires, Mar Océano).

En la universidad debe aprenderse una profesión, un grado académico, una especialización de la mejor calidad; pero, junto con lo anterior, debe consolidarse un proyecto de vida y de sociedad que sea autónoma, emancipada, creativa, innovadora, solidaria, respetuosa, inteligente y democrática.

El camino es posible desde el sentido del vocablo universidad, que alude a *universo*; es decir, a espacio físico e intelectual que recrea el saber de una época en cuanto todo integrado; y, por lo mismo, se erige en el principio articulador de las diferencias que, de esta manera, forman parte de un cosmos integrado, en el cual cada una conserva su especificidad. Para lograr este objetivo fundamental, la universidad siempre requiere seguir siendo un ámbito de reflexión crítica vuelto hacia sí mismo, con el fin de vincular sus distintas disciplinas en un haz armónico, antes de volcarse al exterior.

El hecho de que la universidad se vuelva hacia sí misma debe permitirle alcanzar la verdad, en cuanto bien superior, meta última y compartida; acceder a la necesaria autonomía, escogiendo, para ello, la libertad académica orientada hacia el equilibrio del respeto por las diferencias; proponer un proyecto de vida creativo, tanto individual como social. Todo ello necesita generarse en un espacio que favorezca la innovación, la autoformación, la autoevaluación, la expresión de sí mismo y deseche la repetición mecánica, la respuesta unívoca,

aprendida de otros, la misma siempre sin el temor de equivocarse, sin la osadía del riesgo a la aventura de lo nuevo, no por el afán de cambio, sino por la natural evolución de cada hombre, de cada mujer.

Una de las fortalezas de la universidad así concebida debe ser la riqueza de su lenguaje, el instrumento más humano para superar toda crisis intelectual, el que debe traducir pensamientos, ideas, fundamentos, divergencias basadas en sólidos argumentos, experiencias concretas, abstracciones consolidadas por la fuerza de los planteamientos, sensibilidades distintas, innovaciones metodológicas.

El proceso de reflexión crítica universitaria se orienta teniendo como meta última su fin intrínseco, ético y superior: *la búsqueda de la verdad*; y, desde esa meta que ordena y da sentido al todo, se pueden estructurar las partes en una figura global que vaya más allá de un mero agrupamiento técnico. Cuando esto último ocurre, todo es igual a todo; puesto que, en este caso, la universidad se organiza de acuerdo con un patrón único de evaluación: la excelencia se comporta como una variable instrumental, formal, que se aplica para medir el buen o mal resultado de algo en relación con el principio de utilidad costo-beneficio.

La variable de excelencia no puede determinar la calidad de los contenidos culturales, puesto que no tiene significado en sí misma; su finalidad es otra; y, pareciera pertenecer, con más propiedad, al campo de la economía. Con este principio de excelencia, se miden las diversas acciones universitarias por muy diversas y divergentes que sean: por ejemplo, el perfil y nivel del académico, la gestión administrativa, el desarrollo de los programas de docencia, el uso de los recursos. Si la ecuación costo-beneficio es el paradigma económico que evalúa la educación, entonces el rendimiento académico también se adecua en forma homogénea al parámetro unificador.

La consecuencia de que todo sea igual a todo es la fragmentación, ya que las partes se pueden aislar, separar, y la unidad no se ve afectada, porque una cosa es idéntica a otra. Con esto se pierde la idiosincrasia, nada es relevante ni único ni diverso. Todo se reduce a una pieza de engranaje que perfectamente puede ser reemplazada por otra sin que se aprecie cualitativamente el cambio ni afecte de modo primordial su carencia. De aquí, la indiferencia, porque nada revela su diversidad radical, esencial, peculiar.

La universidad debe pensarse como una unidad, pero basada en las diferencias internas. Mas, para poder hacerlo, no tendría que estar sometida a presiones que la llevan a actuar de modo compulsivo, a elegir caminos impuestos, que se traducen en respuestas adaptativas, incluso defensivas, para poder, de algún modo, seguir subsistiendo.

Por ello, muchas veces, la universidad tampoco sabe con claridad, cuál es su misión, y este no saber ocurre tanto a nivel interno como externo. Al no haber acuerdo sobre cuál es su misión, tampoco sabe o no concuerda respecto a las transformaciones básicas que es necesario provocar y a las líneas de acción indispensables a seguir. Esta situación no sólo ocurre al interior de la universidad, igualmente, se aprecia en el modo en que se articula la institución de educación superior con la sociedad.

Se ha dicho y se dice que la universidad se ha negado al cambio, sujeta y anquilosada en dogmas y principios que ya no son relevantes para las demandas del mundo actual; también se afirma que confunde autonomía con soberanía y que actúa haciendo uso y abuso de esta última categoría. Ambas afirmaciones nos hacen ver que la institución ha perdido los vasos comunicantes que la interrelacionaban dinámicamente con el entorno y que requiere reabrirlos con urgencia, concordantes, eso sí, con la modalidad de vida contemporánea.

Lo anterior implica –ese es el desafío que hemos asumido al dar vida a este **Segundo Congreso de Humanidades** con el tema: “*La Universidad frente a la crisis del hombre contemporáneo*”–, ensayar los caminos, intentar las posibles soluciones, proyectar las respuestas, con el fin de que podamos vencer la inercia de la inactividad y de la aceptación inevitable, crear una nueva forma de comunicación con la sociedad adecuada a su tiempo y adelantada al fugaz aquí-ahora, determinar qué cambios, desde dentro de sí, son necesarios para buscar y alcanzar la verdad, reconocer la misión de la universidad, develar el sentido profundo de la autonomía sin confundirla, falsamente con la soberanía, saber ver más allá del canto de sirenas que ofrece, aparentemente, comodidades, pero, también, escondidos, los adormecimientos.

El **Segundo Congreso de Humanidades** es el resultado del esfuerzo compartido de toda la Facultad de Historia, Geografía y Letras, tanto de los directores y académicos de los diferentes Departamentos: Alemán, Castellano, Francés, Historia y Geografía, Inglés y el Centro de Estudios Clásicos; así como de sus alumnos, personal administrativo y personal auxiliar. Sin este grupo amplio que, con tanto ahínco y desinterés ha trabajado, no habría sido una realidad el **Encuentro** académico, los días 4, 5 y 6 de noviembre, ni tampoco esta publicación de *Contextos* N° 4, Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, que recoge algunas de las mejores ponencias que se expusieron en el Congreso.

Esta tarea compartida, de la cual es fruto el **Segundo Congreso de Humanidades**, nos da un índice de que la universidad internamente puede y debe darse un tiempo-espacio de reflexión, de análisis, para proponer, de acuerdo con su rol de liderazgo, tareas de bien común que orienten el pensamiento y el diálogo en búsqueda de posibles respuestas y soluciones que, aun cuando son comunes a las necesidades sociales de los seres humanos, poseen facetas que las hacen singulares de acuerdo con los intereses e inquietudes de cada persona.

La universidad debe favorecer, primeramente, el indispensable crecimiento interior, el cual, por sí mismo, se difunde hacia el exterior, enriqueciéndolo y volviéndolo más humano, ya que la calidad intrínseca de la universidad debe ser la de construir cualitativamente espacios humanos, tanto a nivel interno como externo, desde sí hacia fuera. Por ello, el **Congreso** es la instancia del compartir lo común, permitiendo a cada cual que se exprese desde su singularidad humana o desde su profesionalismo académico, favoreciendo la experiencia práctica, la innovación metodológica o la abstracción de la síntesis.

Cerremos nuestras palabras iniciales y abramos el espacio del **Congreso** con el siguiente pensamiento: a los buenos vientos de la economía, nosotros nos atrevemos a propiciar las brisas de la humanidad.